

Ressenyes de llibres

Irene Comins Mingol y Sonia París Albert (2010): *Investigación para la paz. Estudios filosóficos*, Barcelona, Icaria. ISBN: 978-84-9888-276-6. Reseñado por Ramón A. Feenstra*, Universitat Jaume I.

Algo va mal (siguiendo el título del libro de Tony Judt, 2010) cuando Warren Buffett, el tercer hombre más rico del mundo, ha instado en un artículo –recientemente publicado en *The New York Times* con el título «Dejen de mimar a los megaricos»– a la urgente necesidad de aumentar la carga impositiva de los más ricos. Buffett, explica en su artículo la insensatez de unos tiempos en los que una mayoría de los estadounidenses pelea por llegar a fin de mes «mientras que nosotros –los megaricos– continuamos obteniendo ventajas fiscales». Apunta, además, a la injusticia de un sistema financiero que le lleva a pagar un 17,4 % en impuestos, un porcentaje inferior al que tuvieron que hacer frente los 20 empleados de su oficina, cuyo rango abarcó entre el 33 % y el 41 %. Buffett señala que la política de exenciones fiscales a los ricos, cuya aplicación comenzó desde la llegada al poder de George Bush en el año 2000, ha ido acompañado de una pérdida en la creación de empleo y por ello finaliza el artículo reclamando la necesidad de tomarse en serio el «sacrificio compartido» que ha sido

defendido por el presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, pero que parece lejos de ser una política decidida por parte del conjunto de los representantes políticos estadounidenses.

El artículo periodístico de Buffett puede considerarse revelador en un sentido básico: representa las palabras de una persona que considera que sus privilegios son desproporcionales y que amenazan a una convivencia justa, equilibrada y pacífica entre los miembros de la sociedad. Una preocupación compartida por muchos a día de hoy y cuya temática es planteada en el inicio del capítulo del libro que Hans Joas escribe para el libro: *Investigaciones para la paz*, editado por Irene Comins y Sonia París (2010) y sobre el que versa la presente reseña.

Joas recurre para ello a un artículo escrito en 1997 por Richard Rorty (curiosamente también para el *New York Times*) en el cual plantea una ficción utópica negativa que insinúa la llegada, durante el año 2014, de un desplome total de las instituciones democráticas norteamericanas que necesitarán de unos treinta oscuros años para volver a instaurar la democracia en el 2044. Pero,

* Este estudio se inserta en el Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico FFI2010-21639-C02-02, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y con Fondos FEDER de la Unión Europea.

además de esta previsión pesimista, Rorty lanza un mensaje sobre el peligro que representa para la democracia la desigualdad así como la incomprensión que causará –entre los futuros demócratas de finales del siglo xxi– las diferencias materiales existentes entre unos y otros a inicios de este siglo. Una incomprensión que llevará a que los ciudadanos del futuro les resulte:

Difícil entender cómo nuestros bisabuelos podían considerar lícito y razonable que un empleado directivo ganara veinte veces más que el asalariado peor pagado. No podemos entender por qué hace cien años los americanos toleraban la desaforada diferencia entre una infancia transcurrida en la opulencia de los barrios residenciales y otra transcurrida en los guetos. Para nosotros tales desigualdades son una atrocidad moral evidente, pero la gran mayoría de nuestros antepasados las aceptaban como una necesidad lamentable (2010: 106).

Rorty lanza con este ensayo un aviso sobre la amenaza que representa para la estabilidad democrática la desigualdad. Una amenaza que, tal y como hemos señalado al inicio, también es apreciada por Buffett y que, es recogida a su vez en varias ocasiones dentro del libro de *Investigación para la paz*, donde se manifiesta la necesidad de afrontar diferentes formas de desigualdad para mejorar la realidad existente. Así por ejemplo, Javier San Martín, basándose en la obra

de Husserl, apunta a que el carácter intersubjetivo del ser humano lleva a que el desarrollo de una vida plena depende también del bien de los otros. «Mientras a mi alrededor haya sufrimiento, no puedo pretender llegar a una vida plena» afirma San Martín, que considera que el bienestar y la plenitud de uno están vinculados a la de los demás.

El libro *Investigación para la paz* representa un compendio de doce contribuciones de gran interés que mira, precisamente, a los grandes retos del momento contemporáneo. Retos como la desigualdad –en diferentes vertientes– pero también otros como los conflictos –y la forma de ser abordados–, la necesidad de estimular una ética del cuidado y una ciudadanía activa o la interculturalidad e integración como exigencia básica en la consolidación de sociedades plurales. Un libro en el cual se reivindica, con grandes «dosis» de Husserl, una filosofía que afronte su compromiso público, cercana a los problemas cotidianos y en el que se aúna los hechos con la reflexión teórica. Una metodología basada en la colaboración entre los *Estudios para la Paz*, como disciplina empírica, y la *Filosofía para la paz* como marco de reflexión filosófico-discursiva, y una filosofía que, tal y como apunta Vicent Martínez Guzmán, «requiere de una buena teoría, un alto grado de compromiso práctico-moral y (que) ha de ser *poiético*, esto es, productivo e imaginativo a la vez» (2010: 19). La responsabilidad básica del filósofo ante los problemas que le rodean es considerado una constante en esta obra que nos recuerda la defensa de Husserl del filósofo

como un funcionario de la humanidad y que en palabras de San Martín:

(el filósofo) solo puede cumplir esta tarea si colabora en eliminar los obstáculos que existen *para la realización de la humanidad como una comunidad de seres libres* en la que cada uno puede realizar en plenitud su vida humana (2010: 48).

Entre las numerosas y variadas propuestas que nos ofrecen los doce autores que escriben en *Estudios para la paz* a la hora de buscar caminos que permitan eliminar los obstáculos que frenan el pleno desarrollo humano, la perspectiva de género aparece de manera destacable. La defensa por romper las barreras entre mujer y hombre es un objetivo básico en varios de los capítulos. En este sentido, observamos cómo, por ejemplo, M^a Luz Pintos Peñaranda se enfrenta directamente a la teoría que designa a la mujer como «buenas actrices en los procesos de paz», con unos rasgos específicos de una mujer diferente, por esencia, respecto al hombre. La autora considera que aquello a lo que llamamos «cultura femenina» y que tanto valor se le otorga en los procesos de resolución de conflictos es, en realidad, algo natural y biológico en todos los seres humanos. La empatía emotiva y la tolerancia son habilidades que todos tenemos como seres humanos pero que son cultivados, e incluso impuestos, en la mujer, mientras que el hombre es educado para no desarrollar tales habilidades que culturalmente se asocian al papel femenino. Pintos Peñaranda señala, por ello, que es fundamen-

tal romper con este obstáculo que «en muchas ocasiones impiden que obren las habilidades o estrategias adaptativas armonizadoras ya inherentes a nuestra corporalidad biológica» (2010: 70).

Otro de los obstáculos a los que el libro trata de hacer frente es el planteado por Sonia París respecto a la actitud adoptada frente a los conflictos. La autora anima a no tener miedo a los conflictos y reivindica la necesidad de afrontarlos de manera diferente a lo que tradicionalmente se ha venido haciendo. La resolución de conflictos por la vía de la violencia ha causado que estos sean asociados como algo peligroso e incluso dificulta la posibilidad de aceptar que los conflictos como «situaciones que suceden entre las personas y de las que, también, se puede aprender siempre que sean transformados pacíficamente» (2010: 93). La violencia ha sido asociada, durante demasiado tiempo, como una actitud inherente al ser humano, una tendencia de su naturaleza que le empuja a resolver los conflictos por esa vía no deseable. París señala, sin embargo, que la violencia y la guerra no son una fatalidad biológica y que con esfuerzo pueden estimularse formas de resolución de conflictos por vías pacíficas. La autora considera que de este modo se logrará ver los conflictos como «fenómenos inherentes a las relaciones humanas con los que se puede y se debe convivir, ya que son la base para que los cambios tengan lugar» (2010: 97). Concluye, además, afirmando que las maneras alternativas de afrontar los conflictos son la base sobre la cual superar el miedo a vivirlos.

Más propuestas dirigidas a romper con los obstáculos, que impiden la realización de la humanidad como una comunidad de seres libres, es planteada por Irene Comins quien defiende la importancia del cuidado como eje vertebral de la intersubjetividad humana y como valor y actividad para construir la paz. Esta autora avisa de que el cuidado, como hábito y como valor, está actualmente en crisis en una sociedad donde impera el desarrollo científico tecnológico, la racionalidad instrumental, así como la desigual distribución del cuidado como valor y ocupación entre hombres y mujeres. Unas tendencias negativas que no pueden quedar de lado en la búsqueda de mejoras en el sistema democrático, puesto que el cuidado constituye una de las prácticas propias de la ciudadanía activa. En este sentido, Comins afirma que los conceptos morales básicos que acompañan a una ética del cuidado como «el compromiso, la responsabilidad, la empatía o la interconexión son fundamentales para la constitución de una ciudadanía participativa» (2010: 84). Sacar a la ciudadanía de su letargo, apatía y falta de indignación es posible, al menos en parte, si se logra estimular el valor del cuidado. Quizás, se podría pensar hoy que estamos, precisamente, ante el inicio de un cambio con la irrupción de un movimiento como el 15-M que apunta a la recuperación de algunos de los valores del cuidado que plantea la autora.

Estas breves referencias respecto a los retos que plantea la desigualdad, la necesidad de afrontar diferentemente

los conflictos o la relevancia de estimular el cuidado son, solamente, algunas de las ideas básicas que podemos encontrar en una obra que constituye una herramienta fundamental para acercarse a los estudios de la paz desde la filosofía. Un libro que abarca otros muchos temas tales como el papel y la responsabilidad de las grandes corporaciones, el potencial de las ONG, la influencia de los medios de comunicación así como la necesidad de enfrentarse a diversas formas de discriminación. En definitiva, un conjunto de propuestas que se formulan como vías de mejora para paliar las amenazas de las que Rorty nos avisa en su distopía o utopía negativa (introducida por Joas en el capítulo 6). Las ideas y propuestas que recoge este libro son planteadas para aquellos que sienten inquietud y compromiso con el sufrimiento humano y de la naturaleza. La calidad de las diferentes contribuciones que aparecen en este libro es una buena muestra del trabajo de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz de la Universitat Jaume I de Castellón, cuya labor de investigación en temáticas vinculadas a la paz supera los 15 años.

Bibliografía:

- JUDT, TONY: *Algo va mal*, Taurus, Madrid, 2010.
- BUFFETT, WARREN: «Stop coddling the super-rich» [en línea] *The New York Times*, <http://www.nytimes.com/2011/08/15/opinion/stop-coddling-the-super-rich.html> (14 de agosto) [Consulta: 25 de agosto de 2011].

José Manuel Giménez Amaya y Sergio Sánchez-Migallón (2010): *De la Neurociencia a la Neuroética. Narrativa científica y reflexión filosófica*, Ediciones Universidad de Navarra S.A, Pamplona, Eunsu. ISBN: 9788431326708. Reseñado por Elena Martínez Santamaría. Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz, Universitat Jaume I.

Este estudio subraya la importancia de la interdisciplinariedad para la Neuroética y resulta un ejemplo de ella, pues ha sido elaborado conjuntamente por un neurocientífico y un filósofo para crear un discurso unitario. Consideran que «los graves problemas científicos, e incluso culturales, de nuestro tiempo exigen un planteamiento en una visión de diálogo interdisciplinar» (15). Por ello, como se constata perfectamente en muchos momentos de la lectura y explícitamente en la tercera parte del libro, este trabajo les «ha llevado a ver todo el planteamiento neuroético como una ventana privilegiada para descubrir y diagnosticar las paradojas de la Ciencia moderna y al mismo tiempo, quizá desde ahí, para atisbar posibles soluciones» (16).

El libro consta de tres partes diferenciadas. En la primer parte, «Desarrollo de la Neurociencia y definición del concepto de Neuroética», los autores pretenden «describir una narrativa histórica del desarrollo de la Neurociencia y el acotamiento de la noción de Neuroética con su irrupción en el contexto de la ética de la vida, tan característica de la segunda mitad del siglo xx» (14). Ambos objetivos se cumplen perfectamente.

Respecto al primero, la exposición y reconstrucción histórica del desarrollo de la Neurociencia resulta muy opor-

tuna y didáctica, pues repasan aquellos autores, teorías, hitos y acontecimientos más relevantes de la Neurociencia desde la Antigüedad hasta nuestros días. En la actualidad, la Neurociencia es caracterizada por Giménez y Sánchez-Migallón a partir de la necesidad de una visión interdisciplinar, del desarrollo de la imagen médica y de la investigación de las enfermedades mentales. Ahora la Neurociencia se plantea dos tipos de estudios: de un lado, se centra en los problemas ligados a la Genética y a la Biología molecular y, de otro lado, intenta «dar respuesta a los grandes interrogantes sobre el conocimiento del hombre y de su enfermedad mental» (46). La posibilidad de manipular la conducta humana hace que la Neurociencia deba tener en cuenta la Ética y el diálogo con otras disciplinas para restablecer su perfil originario interdisciplinar. De ahí que los autores se propongan en este proyecto un trabajo interdisciplinar y, por ello, a partir de este momento, el texto escrito adquiere una naturaleza más filosófica.

Respecto al segundo objetivo, el acotamiento de la noción de la Neuroética, nos encontramos que el estudio de la dimensión ética de la Neurociencia desemboca naturalmente en la formación de una subdisciplina bioética específica tal como la Neuroética. La concreción del perfil de la Neuroética responde a

dos hechos que son centrales en el presente libro. En primer lugar, debido al potencial mediático actual de la Neurociencia, la Neuroética a su vez también se ve «como forma de contención o control y como un claro corolario de desarrollo interdisciplinar» (53). En segundo lugar, la Neuroética nace de la necesidad interdisciplinar de la Neurociencia ante preguntas cruciales como ¿podemos utilizar la Neurociencia para luchar contra el crimen, el terrorismo u otras lacas sociales que nos invaden? Los autores concluyen que la interdisciplinariedad de la Neurociencia puede abordarse desde dos vertientes: desde la científico-experimental a partir de estudios genéticos, moleculares o celulares y desde conocimientos no científicos-experimentales en un intento de responder a preguntas esenciales del conocimiento del hombre y de «penetrar en las dimensiones más íntimas y personales del ser humano» (55).

Respecto al origen de la Neuroética, en el libro se detallan todas aquellas conferencias, comités o reuniones que tuvieron lugar a partir de la segunda mitad del siglo xx relacionadas con cuestiones éticas. Respecto a la definición de la Neuroética, los autores recogen las definiciones que les han parecido más relevantes en los últimos años y agrupan los problemas que trata en dos categorías: de un lado, aquellos que se suscitan con el avance de las técnicas de imagen cerebral, de la psicofarmacología o de los implantes cerebrales; de otro lado, los que se suscitan con el aumento de nuestro conocimiento de las bases (neu-

ro)biológicas de la conducta, la personalidad, la autoconciencia o los estados de trascendencia espiritual.

En el último apartado de la primera parte, los autores recogen y comentan las conexiones entre Neurociencia y Filosofía que han tenido lugar en las dos últimas décadas del siglo xx y en los primeros años del xxi y que son más relevantes en el contexto de estudios sobre la Neuroética. Finalmente, muestran el enraizamiento filosófico de la Neuroética como clave de la interdisciplinariedad entre Neurociencia y Filosofía. Así, la Neuroética se convierte en el puente interdisciplinar entre la Ciencia experimental y la Filosofía, y en una vía para la autocomprensión de la ciencia misma.

En la segunda parte del libro, «Diferentes aproximaciones y planteamientos de la Neuroética», Giménez y Sánchez-Migallón han seleccionado los enfoques pioneros más ilustrativos de la Neuroética y que han sido publicados en revistas científicas sobre Neuroética. Los cinco siguientes pertenecen a los primeros tiempos del nacimiento de la Neuroética: Adina L. Roskies sistematiza el campo de la Neuroética en dos grandes apartados: la Ética de la Neurociencia y a la Neurociencia de la Ética; Judy Illes ha sido una gran impulsora de la Neuroética desde el campo de la imagen corporal; Martha Farah, en cuyas reflexiones se observa, de nuevo, la necesidad de la interdisciplinariedad entre la Neurociencia y la Filosofía; Jonathan Moreno, quien establece una analogía histórica entre las últimas décadas del siglo

xx (desarrollo de la Genética moderna y reflexión sobre sus consecuencias éticas) y las primeras décadas del siglo XXI (era del cerebro, cobra vital importancia el diálogo ético). Finalmente, se hace una referencia crítica al libro *The Ethical Brain* de Michael Gazzaniga.

Respecto a las propuestas más actuales, los autores recogen en este apartado aquellas que son además representativas de las distintas corrientes actuales y que se asientan sobre la interdisciplinariedad. Para ellos las investigaciones de Fuchs resultan fundamentales porque plantea las cuestiones neuroéticas de forma radical y porque adopta un enfoque interdisciplinar, concretamente con la Filosofía. Además es también filósofo, por lo que es un ejemplo de interdisciplinariedad. También recogen las aportaciones de Walter Glannon, otro ejemplo de interdisciplinariedad en sí mismo. Se centra en las perspectivas clínicas de la Neurociencia y enfatiza la necesidad de estudiar en profundidad las cuestiones y los debates éticos que se derivan del uso de la Neurotecnología. Respecto a Jonathan Moreno, consideran que es quizá la persona que más haya aplicado la Neurociencia a la guerra convencional y a la lucha contra el terrorismo. También incluyen las investigaciones de Stephen Morse quien relaciona de forma interdisciplinar la Neurociencia y el Derecho. Les sigue dos comentarios editoriales de las revistas de *Nature* de 2006 y de *Science* de 2007. Finalmente, Neil Levy es el último autor considerado en este recorrido de estudios e

investigaciones recientes y con quien cerramos la segunda parte del libro.

La tercera y última parte del libro, «La Neurociencia en la crisis posmoderna de la ciencia experimental y el desafío de la Neuroética», responde a una reflexión de carácter filosófico sobre la Neuroética. Los autores se remontan a la gestación de la Ciencia experimental en la Modernidad e intentan «esclarecer el sentido de la actividad científica a la luz del ambiente cultural que se ha dado en llamar posmodernidad» (15). Para ello, siguiendo la sugerencia de MacIntyre, dirigen su atención no a los criterios antropológicos sino «más bien, a los supuestos metodológicos y discursivos responsables de la extraordinaria dificultad para establecer un diálogo interdisciplinar en la actualidad» (60). Para comprender la compleja relación entre lo que se denomina Ciencia experimental y otras formas de saber, nuestros autores nos ofrecen, desde la reflexión filosófica, la visión de la Ciencia experimental desde de su consolidación hasta el periodo actual de la posmodernidad. Siguiendo al profesor Rodríguez Duplá, se sirven de tres aspectos claves: la verdad, la historia y el sujeto.

Para comprender la situación actual en la que se encuentra la actividad científica los autores se valen de las aportaciones de Edmund Husserl en su obra *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, así como de autores más actuales como Mariano Artigas (1938-2006) y Alasdair MacIntyre. Los autores recorren el desarrollo de la

Ciencia moderna desde sus orígenes en el Renacimiento hasta que la evolución de la Ciencia misma y la entrada de la Filosofía de la Ciencia llevan a un panorama crítico en la posmodernidad. A partir de entonces, «lo que en definitiva está en juego es la idea de verdad misma. Y el reto consiste en rastrear la idea de racionalidad y de verdad que late débilmente en la Ciencia y, en realidad, en toda la vida propiamente humana» (141). En este punto, «la cuestión de fondo es, entonces, si además de esas verdades científicas, hay algún sentido de verdad absoluto y universal» (143).

Los autores realizan un breve recorrido de cómo se entendía la actividad científica en sus inicios y en su posterior desarrollo durante la Modernidad. La concepción mecanicista del universo llevó aparejada en la Edad Moderna una falta de respeto total hacia la naturaleza. Según nuestros autores, confluyeron tres factores en ello: de un lado, respecto a la actividad científica, el anhelo de emancipación y de autosuficiencia y, de otro lado, respecto a las actitudes, el afán de dominio. Dos efectos profundos dejaron estas ideas en los científicos. Por un lado, cayó en el olvido el origen de la actividad científica fruto de la separación y supeditación de las ciencias, y del olvido se pasó a la negación. Por otro lado, el afán de dominio posibilitó la creencia en la posibilidad de manipular todo lo natural, lo que junto con la reducción a todo lo experimentable, conllevó la manipulación de las personas humanas mismas. Lamentablemente, la Ciencia ha seguido su camino pero

la reacción posmoderna le ha afectado puesto que los presupuestos asentados sobre el progreso indefinido, la historia universal predecible y el optimismo en el futuro se han derrumbado. Y las consecuencias son sorprendentes. De un lado, «buena parte de la Ciencia, ignorando su parcialidad originaria, se alza como único conocimiento universalmente válido. Por otro lado, el generalizado rechazo de la tradición y de la Historia elimina el suelo de todo posible conocimiento, nos abandona al escepticismo más vacío» (152). Y con estas palabras llegamos al último aspecto clave señalado anteriormente: el sujeto.

La instrumentalización de la Ciencia llevó a considerar manipulable todo lo natural, incluido el ser humano. La negación de la Historia deja al sujeto humano aislado y vacío, indefenso. Con la Modernidad, el afán de autosuficiencia ensalza la figura del hombre, que aparece ahora desligado de su origen y de lazos de todo tipo. Sin verdad ni historia no hay libertad ni responsabilidad, y por tanto no hay criterio según el cual elegir y proyectar la vida. Sin ello, no hay dignidad ni tampoco persona humana misma. «Porque el ser humano es un ser esencial y existencialmente biográfico, un ser que va construyendo narrativamente su historia, su personalidad» (159). Según la Ciencia, no hay objetividad, todo son hipótesis y, en definitiva, donde no hay objeto no puede haber sujeto, con lo que nos situamos ante la abolición del sujeto. Según nuestros autores, «la posmodernidad reacciona contra la exaltación

del hombre moderno con un declarado antihumanismo» (160).

En el último apartado de esta tercera parte titulado «La encrucijada de la Neuroética: crisis y oportunidad de la Ciencia experimental», tras el recorrido histórico y la reflexión filosófica sobre la Ciencia, los autores se proponen «considerar la nascente Neuroética como un posible punto de inflexión en la actividad científica precisamente en los niveles tan altos de desarrollo que ha alcanzado» (164).

La crisis de la Ciencia experimental hoy es muy profunda, no solo por las preguntas que se plantea sino que se cuestiona como conocimiento y como actividad humana. En la Neurociencia esta crisis se ha experimentado de un modo más patente debido a las implicaciones teóricas y prácticas que conlleva. Precisamente ello ha provocado la necesidad y el planteamiento de la Neuroética. Apelando a Artigas, los autores resaltan la necesidad de dar con el

diálogo interdisciplinar para superar esta situación de crisis. Ahora es el momento de que la Ciencia se abra a otras formas de saber y de experimentar, de apostar por la interdisciplinariedad. En ello encontramos los esfuerzos actuales de la Neuroética, que trata de abrirse a la Filosofía, a la Ética e incluso a la Teología, y afecta muy directamente a la verdad, a la Historia y al sujeto. Con la Neuroética se podría «iniciar una nueva concepción científica más abierta y prometedora desde todos los puntos de vista. De esta manera podríamos estar ante un punto de inflexión, porque hoy conviven contradictoriamente, como vimos, el ideal moderno científicista y la reacción posmoderna nihilista» (167).

Finalmente, en el epílogo los autores sintetizan lo esencial del camino recorrido en el libro y lo que querían compartir con el lector en su propuesta científico-filosófica: la oportunidad que se abre con la Neuroética para iniciar un diálogo interdisciplinar profundo.